

GRUPO GEOLAT, Bogotá, Colombia – Con la colaboración de varias entidades

*¿Alianza difícil? Examen de las relaciones
entre las geografías cultural y feminista*

Mona Domosh

Department of Geography,
Dartmouth College,
Hanover, NH 03755 USA

Traducción autorizada por Dana Sprunk, Executive Editor de *Social Geography*, para edición digital en *Geografía en Español – Traducciones*. [Título original: An uneasy alliance? Tracing the relationships between cultural and feminist geographies. *Social Geography*, 1: 37-41, 2005.]. Traductora: Cecilia Calderón-Périco, GRUPO GEOLAT, Bogotá.

The definitive, English version of this article is available on <http://www.soc-geogr.net/1/37/2005/>

Creative Commons Attribution–Noncommercial–No Derivative Works 2.5 Colombia license.

Resumen

Aunque el llamado giro cultural de la geografía coincidió con la elaboración y el “posicionamiento respetable” de las geografías feministas, estas dos trayectorias intelectuales no se alían con facilidad entre sí y sus relaciones a veces han sido tensas, particularmente en el contexto de la geografía norteamericana. En este artículo presento un esquema de esas variadas tensiones y alianzas quebradizas, sugiero las causas posibles de las tensiones y discuto las maneras como una alianza por difícil que sea podría importar, o no, en términos de las trayectorias intelectuales de ambos campos especializados.

Palabras clave: geografías feministas – nueva geografía cultural – giro cultural – alianzas intelectuales – género y cultura – teoría geográfica – geografías posmodernas

Cuando con Liz Bondi buscábamos títulos potenciales para la revista geográfica feminista (*Gender, Place and Culture: A Journal of Feminist Geography*) que estaba a punto de publicarse en 1992, el término cultura no figuraba en primer lugar en nuestras mentes, pero tampoco estaba completamente en la trastienda (Bondi y Domosh 2003). Las dos estábamos comprometidas en investigaciones inspiradas en enfoques culturales de la geografía y ambas, si lo recuerdo

correctamente, pensábamos que incorporando la palabra cultura al título de la revista se connotaría una gran amplitud de cobertura de los estudios de género y lugar. Con todo, también nos sentíamos incómodas con la palabra cultura en razón de sus resonancias: podría ser vista como limitante del ámbito de las cuestiones que queríamos que la revista tratara; en otras palabras, hacer un énfasis en lo cultural a expensas de lo económico o lo político, por ejemplo. La palabra también implicaba un reino menos tangible y menos serio que el que connota el feminismo, una lucha del mundo real por autonomía e igualdad. En tanto que el giro cultural estaba penetrando varias subdisciplinas de la geografía, en 1992 todavía no se vislumbraban las implicaciones progresistas de abrir las fronteras entre categorías tales como cultura, economía y política.

Sin embargo, incluso ahora, 13 años más tarde, con las numerosas implicaciones e impactos del giro cultural, tan notables en geografía – y con la omnipresencia que tiene el término cultura, que ha llegado a generar no pocas jeremiadas sobre su tan manoseado uso (Barnett 1998a, 1998b; Mitchell 2000) – feminismo y cultura no siempre van fácilmente juntos en geografía, con persistentes dudas en cada lado sobre la relevancia del otro. Esto es particularmente sorprendente si se tiene en cuenta que los análisis de la cultura se hallan en el núcleo de la mayor parte del saber feminista. Como lo han destacado Liz Bondi y Joyce Davidson (2003), uno de los principios cruciales del feminismo de la segunda generación fue que la cultura y no la naturaleza/biología era la clave para entender las diferencias entre hombres y mujeres, y que, en sus palabras, “las maneras como las mujeres se encuentran en desventaja con relación a los hombres no son dadas por la naturaleza sino que son de origen cultural, se mantienen mediante el ejercicio del poder y pueden modificarse a través de medios sociales y políticos” (Bondi y Davidson 2003: 327). No obstante, como aquí lo sugiero, el giro cultural en geografía todavía no resuena con fuerza dentro de la mayor parte de la geografía feminista, en particular aunque no exclusivamente en el contexto norteamericano.¹ En este trabajo deseo describir algunas de estas tensiones, en particular las que provienen del lado feminista, no para atizar guerras domésticas entre los sub-campos sino porque pienso que el análisis de estas tensiones nos ayuda a comprender los contornos intelectuales del “giro cultural” en la geografía anglófona – dónde se afianzó y dónde no, y por qué. Espero que mis comentarios sirvan para iniciar la discusión sobre estas cuestiones y que no trunquen las posibilidades al respecto. Este artículo, entonces, no pretende posar de revisión exhaustiva de las relaciones entre los enfoques feminista y cultural de la geografía (para tal exploración véase Jacobs and Nash 2003), sino servir de introducción a una posible discusión. Antes de empezar, sin embargo, creo que es importante indicar que intelectualmente me ubico a mí misma como geógrafa tanto feminista como cultural (altamente influenciada por el giro cultural), de modo que tengo algo personal que arriesgar al discutir estos asuntos. En esa condición, espero que los comentarios que siguen no se tomen como visión partisana sino más bien como intentos para mirar desde una orilla a la otra, y al contrario.

A riesgo de simplificar más de la cuenta, permítanme empezar sugiriendo que en la raíz de estas tensiones estaba una percepción poderosa, originada a finales de los 1980, de que la nueva geografía cultural, como se la conocía, y el más general giro cultural en la geografía, eran devaneos intelectuales elitistas practicados por hombres blancos sin ningún interés directo en justicia social. En otras palabras, las tensiones estaban centradas en una percepción referida a los practicantes del giro cultural (hombres blancos), su objeto de estudio (artefactos culturales élite) y sus objetivos subyacentes (beneficio personal y placer a expensas de objetivos políticos). ¿De dónde procedían estas percepciones? Tal como lo hemos aprendido de los historiadores de la ciencia (Livingstone 2003), el conocimiento se construye por medio de prácticas particulares en tiempos y lugares particulares, y algunas de estas figuras, lugares y artefactos (libros) llegan a verse como signos emblemáticos de modos de pensar diferentes. Me parece que las percepciones que esbocé arriba estuvieron basadas en varios de estos emblemas.

Empecemos con los practicantes. Es cierto que los geógrafos que inicialmente adoptaron las ideas que emanaban de los estudios culturales y formularon artículos de posición y libros claves, eran hombres blancos (Cosgrove y Jackson 1987; Cosgrove y Daniels 1989; Jackson 1989; Barnes y Duncan 1992; Duncan y Ley 1993), aunque es importante recordar que en ese tiempo este perfil demográfico caracterizaba a toda la disciplina, en general. Creo, sin embargo, que no fueron

simplemente su blancura o masculinidad las que crearon tan fuerte impresión, sino el conjunto de otras características compartidas. Estos hombres fueron formados en universidades británicas o canadienses de influencia británica; todos pertenecían a una generación similar; todos parecían proceder de las clases medias. Luego no es difícil entender que llegaran a ser percibidos como un grupo unificado y homogéneo de hombres blancos de élite, particularmente por las mujeres.

Esta percepción fue fortalecida aun más con lo que estos “nuevos” geógrafos culturales estudiaban, tanto en términos de sus ausencias y presencias. En su mayor parte, ni las mujeres ni el género se tomaron en cuenta por ellos como objeto de estudio, como tampoco lo fueron las clases trabajadoras. Las excepciones a lo anterior surgieron entre quienes fueron influidos por la explícita preocupación de la geografía social con la justicia social (véase, por ejemplo, Jackson 1989; Ley 1983). Por otra parte, las materias que estaban bajo análisis – arte del Renacimiento, arquitectura y paisaje, pintura británica del paisaje, los paisajes urbanos como texto – eran materias fácilmente construibles como elitistas. Por ejemplo, uno de los textos más emblemáticos de este período, “The iconography of landscape” [La iconografía del paisaje] (Cosgrove y Daniels 1989) contenía ensayos salpicados de referencias a artistas, escritores, arquitectos y críticos del canon occidental. Había razones importantes para esas selecciones: (1) el interés en la construcción de subjetividades modernas y la ilustración occidental, que sirvió de piedra angular a las geografías humanistas de los 1970 (cf. por ejemplo, Ley and Samuels 1978) desde donde se desarrollaron algunas variedades del giro cultural; (2) una reacción contra la “vieja” geografía cultural populista de la escuela de Berkeley que celebraba lo folklórico y la cultura popular (por ejemplo, véase Kniffen 1965; Zelinsky 1973); y (3) un interés en el poder y sus expresiones culturales y representaciones, que se derivó del materialismo cultural (Williams 1958, 1977). Entendida dentro de este contexto, ciertamente podemos ver que la escogencia de materias no fue ni intencionalmente elitista ni apolítica. De hecho, existió una política muy progresista incrustada en esta investigación, en cuanto que (a) tomó la agencia humana muy seriamente, (b) entendió la cultura como disputable y contingente, y (c) analizó cómo opera el poder culturalmente y por tanto cómo puede ser subvertido. Empero, en comparación con la materia que se estudia en la geografía feminista – la opresión de las mujeres – todo aquello apareció como decididamente elitista y de muy poca importancia.

Además, los métodos y teorías utilizados en estos estudios dieron mayor pábulo a la etiqueta elitista. Aquellas teorías y métodos se basaban primariamente en la crítica literaria y de la historia del arte. Permítanme que brevemente considere dos de los marcos conceptuales más importantes: el paisaje como texto y la iconografía. Interpretar el paisaje como uno lo haría con un texto literario – viéndolo como una representación – fue en su momento una idea radical, puesto que ello demandaba análisis que abarcaran la complejidad y naturaleza contestataria de la cultura, en vez de centrarse en la cultura con una “C” mayúscula. En particular aquello apuntaba a la ideología y al poder como la clave para entender el paisaje como representación cultural (Duncan y Duncan 1988; Duncan y Ley 1993). Pero en su nivel más prosaico, la noción del paisaje como texto fue presentada como una búsqueda de autoría, limitando así el análisis a paisajes explícitamente “autorados” (diseñados, imaginados, contruidos). Dada la historia de la arquitectura y la planeación occidental, la mayoría de aquellos “autores” fueron, y todavía lo son, hombres. Dicho de otro modo, el conjunto de métodos literarios y deconstructivos asociados con la idea del “paisaje como texto” concentraba la atención en artefactos que vinieron con una genealogía trazable y más a menudo patriarcal, a expensas de los lugares y espacios cotidianos, vernáculos y anónimos (“sin autor”).

Similarmente, el uso de la iconografía, como un método de interpretación del paisaje, fue vista como análisis limitado a lugares explícitamente diseñados, otra vez haciendo énfasis no sobre actores culturales subalternos sino sobre los dominantes. El enfoque iconográfico también llevaba incorporado un énfasis en lo visual puesto que su metodología derivaba primariamente de la disciplina de la historia del arte. Este énfasis sobre lo visual quedó bajo ataque no solo por su elitismo – como han destacado los eruditos, lo visual como una forma de representación históricamente ha sido usado por y para los grupos dominantes (Jay 1994; Levin 1993) – sino también por su masculinidad. En su influyente libro *Feminism and geography* [“Feminismo y

geografía”] Gillian Rose (1993) puso particular atención a este elemento del giro cultural en geografía, criticando los enfoques iconográficos por su aceptación incuestionable de la visión masculina y confianza en la autoridad en que ésta se apoya. Rose exacerbó esta crítica sugiriendo que este desconocimiento de autoridad que admite interpretación también sirve para reprimir el placer de mirar – un placer que ella arguyó estaba “profundamente ligado a las ficciones reguladoras de la heterosexualidad” (1993: 101). Aunque los argumentos de Rose han estado sujetos a la crítica de feministas culturales como Catherine Nash (1996), el recelo de las nuevas teorías de interpretación del paisaje, de lo visual y lo textual, a los que Rose dio voz, perduraron dentro de la comunidad feminista.

Lo mismo ocurrió con las sospechas acerca de la doblez de metas del giro cultural en geografía y su ansiado éxito por dominar el campo de la geografía humana. Esas sospechas se centraron en el sentido de que los hombres de la élite estaban cosechando placer y poder desde el giro cultural – comprometiéndose en la visualidad masculina, afirmando su autoridad bajo el disfraz de la interpretación y ganando posiciones académicas y poder. Más recientemente, los críticos han sugerido que el éxito del giro cultural ha ocurrido a expensas de enfoques materialistas y, por consiguiente, representa una amenaza para la política progresista (Mitchell 2000). Otros críticos indican que el giro cultural triunfó parcialmente debido a la dinámica económica de la industria editorial, un sector que hace dinero con la producción y proliferación de lo “nuevo” y lo que se pone de moda, particularmente cuando lo nuevo, como los estudios culturales, puede comercializarse allende los estrechos confines de la academia (Barnett y Low 1996). Estas críticas han sido emparejadas no por la comunidad geográfica feminista *per se*, sino por el más grande mundo geográfico crítico. Sin duda la economía de la industria editorial ejerce impactos sobre la publicación y el poder académicos, y los proponentes del giro cultural en geografía se beneficiaron del frenesí publicista de los años 1990. Pero eso mismo les ocurrió a los proponentes de la geografía feminista, puesto que los estudios de género/sexualidad formaron un significativo componente del negocio de publicación sobre estudios culturales. De modo que si la nueva geografía cultural en parte debe su triunfo a la industria editorial, otro tanto le debe la geografía feminista. No obstante, persisten las dudas sobre la integridad del éxito académico del giro cultural en geografía, pero nadie, hasta donde yo pueda saberlo, ha propalado preocupación similar sobre los éxitos de los enfoques feministas.

Entonces, ¿a dónde nos lleva esto? ¿De qué manera importa que las relaciones entre los enfoque cultural y feminista hayan sido incómodas, en el mejor de los casos? Bien, en el nivel más básico, esto en verdad suministra la mejor comprensión en cuanto a los disparejos periplos del giro cultural en geografía – sus métodos y perspectivas han sido aceptados en algunas áreas, pero no en otras. Sé que no estoy simplificando al extremo al decir esto, pero en su mayor parte los enfoques culturales en geografía feminista constituyen una pequeña sección del sub-campo. De seguro, hay importantes excepciones al respecto – el inspirado trabajo poscolonial sobre género, imperio y paisaje (Blunt 1994, 2003; McEwan 2000; Morin 1999; Anderson 1998), y el trabajo sobre subjetividad, identidad y lugar (Podmore 2001; Bondi 1998; Probyn 2003) – y afortunadamente una oportunidad de excitante investigación en el borde de los dos mundos, como Jane Jacobs y Catherine Nash (2003) han señalado en un ensayo reciente. Sin embargo, particularmente en el contexto (norte)americano, la geografía feminista marchó al paso de una trayectoria intelectual a través de los años 1980 y 1990 bastante separada de los enfoques culturales.² Hablando en general, ese estilo intelectual favoreció lo contemporáneo frente a lo histórico, las entrevistas sobre los archivos, la política y la economía sobre la cultura (para unos trabajos seminales, cf. Hanson y Pratt 1995; Katz y Monk 1993; Jones et al. 1997; Rocheleau et al. 1996). Y estas tendencias continúan hoy. Lo que estoy arguyendo, entonces, es que la cultura realmente todavía no ha “girado” en la geografía feminista debido a todas las razones varias que he esbozado arriba: sus asociaciones elitistas, una creencia de que los estudios culturales son superfluos y apolíticos, una desconfianza con lo visual y lo textual, una sospecha de oportunismo académico.

Observando esto desde la otra orilla, parece que el feminismo ha “girado” un poco más en geografía cultural. Las categorías de género y sexualidad forman áreas de investigación importantes

dentro del sub-campo, e inspiradas teorías y perspectivas feministas han hallado su camino en geografías culturales del paisaje, identidad, nación y naturaleza (véase, por ejemplo, Duncan 2002; Braun 2002). Pero subsisten incómodas relaciones, limitando las posibilidades de lo que pudiera aprenderse de cada lado. Déjenme sugerir apenas una de tales posibilidades – un intercambio metodológico potencialmente fructífero con respecto a las relaciones entre los investigadores y lo investigado. Con un énfasis primordial en las entrevistas como método, la geografía feminista ha corrido el riesgo de valorar las experiencias de sus entrevistados a expensas de analizar e interpretar su contexto socio-cultural, en tanto que la geografía cultural con su énfasis en la interpretación ha corrido el riesgo de aceptar sin cuestionamiento alguno la autoridad del investigador/autor. Así, pues, permítanme terminar este ensayo echando una breve mirada a cada uno de estos asuntos.

Mucho del ímpetu original que acompañó la introducción de los enfoques feministas en geografía era la preocupación sobre la invisibilidad de las mujeres – tanto como practicantes de la geografía como objetos de estudio. Para remediar el hecho de que los cuerpos y voces de las mujeres estaban poco menos que ausentes en los estudios de patrones espaciales, paisajes y lugares, los geógrafos feministas activamente buscaron identificar e incluir allí las vidas y experiencias de las mujeres. Al principio tal identificación se tradujo en el mapeo de vidas de mujeres (Seager y Olson 1986; Mazey y Lee 1983), para expandirse más tarde a estudios y teorización de las experiencias de mujeres, comunicadas primariamente mediante entrevistas. Empero, uno de los resultados del énfasis en hacer visibles las experiencias marginalizadas de las mujeres fue la sub-teorización de aquellas experiencias en sí mismas, y de cómo son ellas transmitidas a los investigadores. En otras palabras, siguiendo las ideas propuestas por la historiadora feminista Joan Scott (1992), creo que una buena parte del trabajo que los geógrafos feministas completaron en los años 1990 asumía que las palabras grabadas durante las entrevistas transmitían verdades esenciales sobre las vidas de las mujeres. De acuerdo con Scott, esto es problemático porque falla en reconocer que las experiencias de las participantes son eventos discursivos que siempre se están rehaciendo y reinterpretando puesto que están imbricadas intrincadamente en el contexto histórico y social.³ El resultado de esta experiencia esencializante, la aceptación como verdadero lo que los entrevistados declaran, es que la identidad de los sujetos queda bloqueada en tiempo y lugar, y su “diferencia” en vez de ser cuestionada es reforzada. Dicho de otra manera, las experiencias que la gente relata en las entrevistas se producen a través de conjuntos de factores contingentes, todos los cuales necesitan ser cuestionados si se quieren entender esas experiencias. Como lo afirma Joan Scott, “la evidencia de la experiencia, concebida por medio de una metáfora de visibilidad o de cualquiera otra manera que tome el significado como transparente, más que impugnar reproduce sistemas ideológicos dados” (Scott 1992: 25).

El propósito de hacer visibles las experiencias de las mujeres, entonces, llevaría en algunos casos a una sub-teorización de las condiciones y contexto históricos que configuraron las subjetividades de quienes están siendo investigados.⁴ En vez de eso el énfasis se puso en entender la naturaleza discursiva del proceso de investigación – en comprender de qué maneras las líneas que separan al investigador del investigado eran fundamentalmente inestables y de qué modo la situación personal, emocional y política del investigador inevitablemente dio forma a lo que se estaba investigando (Moss 1995; Women and Geography Study Group 1997; England 1994; Nast 1994). Los geógrafos feministas pudieron luego deconstruir sus pautas de conocimiento como investigadores, pero tuvieron menos éxito en hacer lo mismo por aquellos a quienes investigaron. Es aquí donde los métodos y perspectivas culturales serían de máxima utilidad, utilizando varias herramientas de interpretaciones como un medio de cuestionar las condiciones histórico/culturales que crean diferencia.

Por otra parte, las geografías y geógrafos culturales raramente han cuestionado sus propias demandas de conocimiento, quizás nunca, ni explícitamente abocan asuntos metodológicos. Los pocos cuestionamientos e intervenciones provienen de la preocupación de la geografía histórica con las políticas de archivos (Hanlon 2001; Kurtz 2001; Cameron 2001; Gagen 2001), o del interés de la geografía social con las entrevistas y los estudios de campo (Hay 2000). Principalmente, los

geógrafos culturales han enfocado su análisis contextual y deconstructivo sobre sus objetos de estudio – las representaciones culturales. Como resultado, han echado un velo transparente sobre sus propias demandas de subjetividad y verdad, disfrazando su marcada subjetividad. Como Gillian Rose (1993) argüía hace casi veinte años, esta negación de nuestra propia marcada subjetividad habilita el mantenimiento de una posición distanciada y la ilusión de autoridad. Sin embargo, podría decirse que el trabajo interpretativo es uno de los más asediados con preguntas de legitimidad y rigor; el más necesitado por eso de ser sujeto de interrogación. Es mucho lo que se puede aprender de las páginas de la investigación feminista – acerca del reconocimiento de la marcada posición del investigador, entender el contexto cultural/social de la interpretación, y acerca de la importancia de situar conocimiento y construcción de conocimiento. También otros intercambios entre los enfoques feminista y cultural podrían ser muy productivos, como Jacobs y Nash (2003) han indicado – por ejemplo en pensar el género como una gramática y tecnología para entender la diferencia cultural al través de un ámbito de campos sociales – como es evidente en el entorno académico de los estudios culturales feministas.

Lo que he tratado de sugerir en este ensayo es por qué, en la mayoría de los casos, estas alianzas potencialmente fructíferas no se han dado, en particular dentro del contexto de la geografía (norte)americana, y por qué esto podría importar. Por todo su potencial intelectual y similitudes políticas, las geografías feminista y cultural han permanecido bastante separadas, en alguna medida en detrimento de cada una. No obstante, de veras pienso que hay muy importantes oportunidades intelectuales y políticas en las intersecciones y juntas de estos dos campos de estudio en traslape – el género y la cultura. Quizás, como lo hemos sugerido con Liz Bondi (2003), la escogencia del título “Género, lugar y cultura” casi dos décadas atrás fue propicio, aunque el potencial intelectual que prometían aquellas tres palabras todavía espera ser plenamente explorado.

Agradecimientos. Estoy extremadamente agradecida con L. Bondi y D. Cosgrove por sus generosos y útiles comentarios a una versión anterior de este ensayo, con los anónimos árbitros que suministraron perspectivas muy importantes sobre estos temas, y con J.-F. Staszak por organizar la sesión en la conferencia IGC-UK de 2004 en la que este trabajo fue originalmente presentado.

Notas

¹ Dada la historia de la geografía cultural en los Estados Unidos, el giro cultural de los años 1980 encontró mucha más resistencia que en el Reino Unido, tanto por quienes defendían la más vieja tradición cultural como por los que lo asociaban con aquella tradición y en consecuencia lo consideraban superfluo y apolítico. Como resultado, e incluso ahora, lo que “cuenta” como geografía cultural en el RU, incluyendo muchos enfoques feministas, no se considera como tal en EE.UU.

² Esto se debe en parte, sospecho, al hecho de que la geografía (norte)americana en ese tiempo, y en general, se inclinaba mucho más hacia los enfoques económicos y políticos que a los culturales. Pero dadas las estrechas relaciones entre los enfoques culturales y el género como una categoría de análisis, esto me impactó como particularmente sorprendente.

³ Para una discusión más detallada de la crítica de Scott, véase Domosh (2003).

⁴ El trabajo reciente sobre metodologías feministas ha abopcado algunos de estos temas. Véase Moss (2005) y Dyck (2002).

Abstract.

Even though the so-called cultural turn in geography coincided with the elaboration and “mainstreaming” of feminist geographies, these two intellectual trajectories are not easily aligned, and the relationships between them have at times been characterized by tension, particularly within the context of American geography. In this paper, I outline the history of these various tensions and uneasy alliances, suggest possible causes for these tensions, and discuss in what ways (or not) this uneasy alliance might matter in terms of the intellectual trajectories of both subfields.

Key words: feminist geographies – new cultural geography – cultural turn – intellectual alliances – genre and culture – geographical theory – postmodern geographies

Referencias

- Anderson, K. 1998. Science and the savage: The Linnean Society of New South Wales, 1874–1900. *Ecumene: International Journal of Culture, Environment and Meaning*, 5: 125–143.
- Barnes, T. and Duncan, J. 1992. *Writing Worlds: Discourse, Text and Metaphor in the Representation of Landscape*. New York, Routledge.
- Barnett, C. and Low, M. 1996. Speculating on Theory: Towards a Political Economy of Academic Publishing. *Area*, 28: 13–24.
- Barnett, C. 1998a. The Cultural Turn: Fashion or Progress in Human Geography? *Antipode*, 30: 379–395.
- Barnett, C. 1998b. Cultural Twists and Turns. *Environment and Planning D: Society and Space*, 16: 631–634.
- Blunt, A. 1994. *Travel, Gender and Imperialism: Mary Kingsley and West Africa*. New York, Guilford Press.
- Bondi, L.: Sexing the City, in: *Cities of Difference*, edited by: Fincher, R. and Jacobs, J. M., Guilford Publications, New York, 177–200, 1998.
- Bondi, L. and Domosh, M. 2003. Gender, Place and Culture: Ten Years on. *Gender, Place and Culture*, 10: 3–4.
- Bondi, L. and Davidson, J. 2003. Troubling the Place of Gender. En: *Handbook of Cultural Geography*, ed. by K. Anderson, M. Domosh, S. Pile, and N. Thrift (London, Sage Publications): 325–343.
- Braun, B. 2002. *The Intemperate Rainforest: Nature, Culture and Power on Canada's West Coast*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Cameron, L. 2001. Oral History in the Freud Archives: Incidents, Ethics, and Relations. *Historical Geography*, 29: 38–44.
- Cosgrove, D. and Jackson, P. 1987. New Directions in Cultural Geography. *Area*, 19: 95–101.
- Cosgrove, D. and Daniels, S., eds. 1989. *The Iconography of Landscape: Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Domosh, M. 2003. *Toward a More Fully Reciprocal Feminist Inquiry*. *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, 2 (1): 107-111. Online: <http://www.acme-journal.org/vol2/Domosh.pdf>
- Duncan, J. 2002. Embodying Colonialism? Domination and Resistance in Nineteenth-Century Ceylonese Coffee Plantations. *Journal of Historical Geography*, 28: 317–338.
- Duncan, J. and Duncan, N. 1988. (Re)reading the Landscape. *Environment and Planning D: Society and Space*, 6: 117–126.
- Duncan, J. and Ley, D. 1993. *Place, Culture, Representation*. New York, Routledge.
- Dyck, I. 2002. Further Notes on Feminist Research: Embodied Knowledge in Place. En: *Feminist Geography in Practice: Research and Methods*, ed. by P. Moss (Oxford, Blackwell Publishers): 234–244.
- Gagen, L. 2001. Too Good to be True: Representing Children's Agency in the Archives of Playground Reform. *Historical Geography*, 29: 53–64.
- Hanlon, J. 2001. Spaces of Interpretation: Archival Research and the Cultural Landscape. *Historical Geography*, 29: 14–25.
- Hanson, S., and Pratt, G. 1995. *Gender, Work, and Space*. New York, Routledge.
- Hay, I., ed. 2000. *Qualitative Research Methods in Human Geography*. Oxford, Oxford University Press.
- Jackson, P. 1989. *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*. New York, Routledge.
- Jacobs, J. and Nash, C. 2003. Too Little, too Much: Cultural Feminist Geographies. *Gender, Place and Culture*, 10: 265–279.

- Jay, M. 1994. *Downcast Eyes: The Denigration of Vision in Twentieth- Century French Thought*. California, University of California Press.
- Jones, J.P., Nast, H., and Roberts, S., eds. 1997. *Thresholds in Feminist Geography*. Lanham, MD, Rowman and Littlefield.
- Katz, C. and Monk, J. 1993. *Full Circles: Geographies of Women over the Life Course*. New York, Routledge.
- Kniffen, F.: Folk Housing: Key to Diffusion, *Annals of the Association of American Geographers*, 55, 549–578, 1965.
- Kurtz, M. 2001. Situating Practice: The Archives and the File Cabinet. *Historical Geography*, 29: 26–37.
- Levin, D. M. 1993. *Modernity and the Hegemony of Vision*. California, University of California Press.
- Ley, D. 1983. *A Social Geography of the City*. New York, Harper's and Row.
- Ley, D. and Samuels, M., eds. 1978. *Humanistic Geography: Prospects and Problems*. Chicago, Maaroufa Press.
- Livingstone, D. 2003. *Putting Science in its Place: Geographies of Scientific Knowledge*. Chicago, University of Chicago Press.
- Mazy, M. E. and Lee, D. R. 1983. *Her Space, her Place: A Geography of Women*. Washington, D.C., Association of American Geographers.
- McEwan, C. 2000. *Geography, Gender and Imperialism*. London, Ashgate.
- Mitchell, D. 2000. *Cultural Geography: A Critical Introduction*. Malden, MA., Blackwell Publishers.
- Morin, K. 1999. Peak Practices: English women's 'Heroic' Adventures in the 19th Century American West. *Annals of the Association of American Geographers*, 89: 489–514.
- Moss, P. 1995. Reflections on the 'Gap' as Part of the Politics of Research Design. *Antipode*, 27: 82–90.
- Moss, P. 2005. A Bodily Notion of Research: Power, Difference, and Specificity in Feminist Methodology. En: *A Companion to Feminist Geography*, ed. by L. Nelson, and J. Seager (Malden, MA., Blackwell Publishers): 41–59.
- Nash, C. 1996. Reclaiming Vision: Looking at Landscape and the Body. *Gender, Place and Culture*, 3: 149–169.
- Nast, H. 1994. Opening Remarks on 'Women in the Field'. *The Professional Geographer*, 46: 54–66.
- Podmore, J. 2001. Lesbians in the Crowd: Gender, Sexuality and Visibility along Montreal's Boulevard St-Laurent. *Gender, Place and Culture*, 8: 333–355.
- Probyn, E. 2003. The Spatial Imperative of Subjectivity. En: *Handbook of Cultural Geography*, ed. by K. Anderson, M. Domosh, S. Pile, and N. Thrift (London, Sage Publications): 290–299.
- Rocheleau, D., Thomas-Slayter, B., and Wangari, E., eds. 1996. *Feminist Political Ecology: Global Issues and Local Experiences*. New York, Routledge.
- Rose, G. 1993. *Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Seager, J., and Olson, A. 1986. *Women in the World: An International Atlas*. New York, Simon & Schuster.
- Scott, J. 1992. Experience. En: *Feminists Theorize the Political*, ed. by J. Butler, and J. Scott (New York, Routledge): 22–40.
- Williams, R. 1958. *Culture and Society, 1780–1950*. London, Chatto and Windus.
- Williams, R. 1977. *Marxism and Literature*. Oxford, Oxford University Press.
- Women and Geography Study Group, 1997. *Feminist Geographies: Explorations in Diversity and Difference*. Harlow, England, Addison Wesley Longman.
- Zelinsky, W. 1973. *The Cultural Geography of the United States*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.

*Dra. Mona Domosh
Department of Geography,
Dartmouth College,
Hanover, NH 03755 USA
domosh@dartmouth.edu

Citación sugerida

Suggested citation

Domosh, Mona. 2011. ¿Alianza difícil? Examen de las relaciones entre las geografías cultural y feminista. *Geografía en Español – Traducciones* [Colombia], Nº 9: 1-9. [Texto original en inglés: “An uneasy alliance? Tracing the relationships between cultural and feminist geographies. *Social Geography*, 1: 37-41, 2005.] *Online*, acceso [*insertar fecha de consulta*]: http://www.geografiaenespanol.net/Domosh_GeE_9.pdf.

The GEOLAT GROUP, Colombia and the sponsors of the site want to express their recognition to the editors of *Social Geography*, Anthony Giddens, Matthew Hannah & Benno Werlen, and Executive Editor Dana Sprunk, for granting us permission to translate the article and to publish it in *Geografía en Español – Traducciones*.



Licenciado para uso personal gratuito bajo la *Creative Commons Attribution–Noncommercial–No Derivative Works 2.5 Colombia license*, especificada en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>

Licensed for free use under the *Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 2.5 Colombia license*, available at: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>



GRUPO GEOLAT
GEOGRAFÍA EN ESPAÑOL
H.F. Rucinke
Editor

Publicado con el patrocinio de [Universidad de Córdoba](http://www.universidaddecordoba.edu.co), Montería, Colombia